

# Conciencia de culpa

Arturo Ramos

Leopoldo Brizuela: *Una misma noche*. Premio Alfaguara de novela. Alfaguara, Madrid, 2012.

*Una misma noche* es la crónica de un instante que se ensancha y se abre como un cráter en la mente del protagonista para dejarle entrever el significado de toda su vida, de sus relaciones familiares, del carácter que ha ido desarrollando su personalidad moldeado por las circunstancias que rodearon su existencia en los años en que la dictadura del general Videla practicaba las desapariciones de cuantos se oponían al secuestro de la libertad. No se trata de una narración que busque el recuento de horrores o hacer un inventario de víctimas. Uno de los aciertos de la novela de Leopoldo Brizuela reside en haber sabido evitar delicadamente el patetismo y de ese modo adentrarse en las arenas movedizas de la memoria desde un punto de vista poco manido. Ha elegido inocular, en unos acontecimientos ante los que al lector no le cabe la opción de la neutralidad, una contaminante ambigüedad al superponer sobre los mismos protagonistas la condición de víctimas y culpables. Ha adoptado la misma estrategia que la llevada a cabo por los servicios del terror del régimen dictatorial organizados por la perfidia de seres tan infames como el almirante Massera: iniciar en el crimen a cuantos eran testigos de asaltos y secuestros, hacer que ellos participasen aunque fuera de un modo nimio para que se creyeran parte del pacto de sangre. Bajo ese sentimiento de culpa los servicios de la represión y el asesinato paraestatal se garantizaban el silencio de los testigos de crímenes, delaciones y desapariciones. Se ha propuesto también eludir el patetismo, no encontraremos detalles escabrosos, ni siquiera la presencia de la muerte forma parte de un argumento cuyo tema pareciera imposible que alcanzara a sortearla. Al autor le basta saber que todos esos hechos planean en la mente del lector como cuando en un relato de terror lo sobrenatural no se manifiesta pero cobra mayor presencia por estar plenamente sobrentendido.

El relato se propone como indagación en un pasado que el protagonista no pudo comprender en el momento de producirse los hechos entonces. Una noche, al entrar en su casa comprueba con estupor que esta ha sido allanada y como un resorte su mente se desplaza a otra noche, muchos años antes, en que un grupo de paramilitares irrumpió en el hogar de la familia Bazán y separó a sus miembros –el padre, la madre y el joven narrador– con el fin de interrogarlos. Pero fueron asaltados también, y fundamentalmente, con el propósito de acceder desde su casa a otra inmediata habitada por dos hermanas. El hecho en sí no tendría mayor trascendencia y las consecuencias no habrían pasado de ser un dramático incidente doméstico de no ser porque el protagonista reconocerá que el suceso formaba parte de un episodio crucial en la oscura red de tramas vinculadas a las desapariciones de personas dirigidas por la dictadura militar. Esas dos noches serán en su conciencia una sola: la noche unánime que le revelará quién es y a quien pertenecía, la noche del terror y la violencia, la noche que le certifica que la violencia no cicatriza ni se supera, como diría Jean Améry.

La novela, así entendida, no puede confiar en una organización metódica y ordenada de los episodios que componen la trama, sino que forma parte de un proceso que podríamos llamar terapéutico en el que el narrador y protagonista cree ir descubriendo las claves que le permiten entender aquel pasado. El autor procede, pues, no tanto a contar una historia como a dibujar una serie de círculos concéntricos que lo insumen en lo que lo obsesiona y acecha, indiscernible a veces, pero cargado de un poderoso dramatismo que planea en cuanto va formando uno tras otro los hilos de su pesquisa. Y la red que estos tejen va poco a poco apretándose con insistencia freudiana sobre la figura del padre del protagonista. Fue alumno militar en la ESMA, la escuela de la armada argentina que organizó bajo la supervisión y el mando del almirante Massera las persecuciones, el terror de la picana, los confinamientos. Aunque judío o quizá por ello (para demostrar que podía superar su condición de judío) admiró el orden germánico y propuso a su hijo estudiar en un centro alemán. La noche de 1976, en fin, esa misma noche que se repiensa por el protagonista en 2010, será sometido a un –juicio de la verdad–: –recibe con orgullo– a los paramilitares –*la cana o la patota*– y se une a ellos derribando a patadas la puerta

en el asalto a la casa vecina. Es pues, un perseguido al que vienen a interrogar invadiendo su propia casa, pero es también un perseguidor capaz de actuar con violencia redoblada. Todo ello lo viene a reinterpretar Leopoldo, el protagonista quien, hasta esa toma de conciencia de muchos años después, ha permanecido ignorante a cuanto su padre era y representaba, pero apenas entrevé la ignominia, esta profundiza en su interior insondable.

¿Qué otra participación pudo haber desempeñado su padre? ¿Fue esa su única implicación? El temor y el rechazo inspiran el relato del hijo, quien niega al padre al tiempo que se siente parte de esa culpa. Bajo ese planteamiento, la escritura es una indagación, y así se lo dice a sí mismo muchas veces: «—Así es escribir: ir buscando lo que no sabés que existe—». Su caso encuentra la réplica en algunos otros personajes que, como él, acarrean un pasado misterioso y trágico del que también quieren saber, y en uno en particular que quiere escribir *su historia*; lo que equivale a decir para Brizuela, la historia de cómo desaparecieron sus padres, cómo debió ser acogido por sus abuelos y las irreparables secuelas de aislamiento y desarraigo que hubo de padecer. Para Pablo, como para Leopoldo, escribir es una experiencia que debe llevarles al reconocimiento de sí mismos y al esclarecimiento de la verdad. Pero el primero ve en la expresión literaria, en la contaminación de la materia ficticia, un falseamiento. El mero hecho de narrar impone una suplantación de la verdad por la invención, de la historia por la fantasía y Pablo quiere abolir la imaginación y acabar con la ambigüedad. Pero Leopoldo, acaso sabedor de que sólo es posible alcanzar la verdad a través de sus dobleces, se somete a su condición ambigua y ambivalente. Hasta ahora se ha creído una víctima pero, ¿puede ser una víctima quien es hijo de un padre culpable? La respuesta a esta pregunta es clave en la novela. Leopoldo ha decidido escribir también *su historia*, y en su caso eso quiere decir no sólo aproximarse al laberinto que su padre representa, sino a una experiencia que lo afecta íntimamente. La alerta se produce al darse cuenta de que el mismo día de la desaparición de su vecina Diana Kuperman, Leopoldo la había llamado por teléfono. ¿Es con ello, en parte, responsable de su desaparición?

Junto a la dimensión familiar de lo que el padre representa nos encontramos también con los sucesos históricos que la novela na-

rra en torno a uno de los escándalos de mayores dimensiones de la dictadura de Videla, por subrayar en grado hiperbólico el maquiavelismo del que hace gala el poder. El «Caso Papel Prensa» es abocetado con constantes saltos desde el año 2010 en que se escribe el relato, hacia 1976 en que comenzaron los hechos. La narración se atomiza de un modo casi caleidoscópico pero la multiplicidad de los fragmentos nos permite entrever, no obstante, la compleja trama mediante la que el régimen del general Videla, con la participación estelar del almirante Massera, verdadero maquinador de la infamia, se propone asegurarse el monopolio de la fabricación del papel para así ejercer un control absoluto sobre las noticias que publicaban los diarios. La empresa pertenecía a David Graiver, quien murió en extrañas circunstancias en México. Luego, su viuda fue presionada para venderla. Para convencerla, los *milicos* completan la trama raptando al eficiente directivo de Papel Prensa Jaime Goldemberg, una víctima más de la tortura, y junto a él, a su secretaria Diana Kuperman, la vecina del protagonista. El círculo dantesco de Leopoldo se cierra al investigar el proceso de esta mujer, sometida a torturas psicológicas mientras permaneció encerrada en una buhardilla del edificio de la ESMA y que, mucho más tarde, debió enfrentarse al pasado en los denominados «Juicios de la Verdad», mediante los que Argentina saldó su cuenta con el esclarecimiento de los hechos que supusieron el sufrimiento de tantos desaparecidos. Pero el acierto de Brizuela reside de nuevo en saber presentar los sucesos sin maniqueísmos, no desde su conclusión, sino desde las inquietudes éticas y los misterios morales que suscitan. Su repulsa a la tortura y el terror en general es una pura obviedad, lo que interesa al autor va más allá de lo evidente; porque pretende vislumbrar el alcance del horror sobre quienes lo repudiaban y permite discernir diversas actitudes, desde la elemental oposición hasta la connivencia silenciosa.

Un ejemplo de ello lo encontramos en lapropia Diana Kuperman, protagonista subalterna de los hechos y el vínculo de la obra con los sucesos históricos que de fondo son evocados. Secuestrada y encerrada en una buhardilla, probablemente amenazada con la ejecución inminente, que debió escuchar y conocer por testimonios lo que tenía lugar entre aquellos muros y que, sin embargo, niega en el –juicio de la verdad– haber sido torturada. Y una nueva prue-

ba de la distorsión de lo humano la encontramos en la visita que el protagonista hace a las salas en que tuvieron lugar las torturas. Convertidas ahora en lugar de peregrinación turística, el horror se banaliza cuando el guía se permite bromear con los visitantes sobre lo que allí sucedió provocando la náusea moral de Leopoldo.

Pero el lector de Hannah Arendt (*Eichmann en Jerusalén*) o Jean Améry (*Más allá de la culpa y la expiación*) sabe que la tortura no puede ser un mal benigno, que no existe la banalidad del mal, y que deja un estigma indeleble, pues quien lo experimenta ya no podrá desprenderse de ver al prójimo como enemigo quedando a merced de la angustia. Es así como se destruye lo humano, porque en última instancia, el sadismo se manifiesta como un deseo de negación y aniquilación del otro. La novela de Brizuela entra de lleno en esta reflexión y la prolonga.

*Una misma noche* alterna el pasado y el presente fragmentando el relato para que en su recreación la verdad prevalezca, como si fuese preciso enfocarlo rigurosamente, como quien analiza fotograma a fotograma una cinta cinematográfica. Lo alterna también, porque la perspectiva desde la que esta narración está escrita es la de quien perteneció a la generación de los hijos de los desaparecidos, reunidos en la ficción de la novela para afrontar el pasado y los abismos que se vislumbran al asomarse a esa verdad insoporable. Esa experiencia le hará decir a Leopoldo con palabras que valen para los otros que vivieron esa época de terror: «el miedo (...) en eso he vivido yo».

La indagación o la pesquisa que persigue el autor van más allá de la constatación de unos hechos y adquiere un importante y denso plano metafísico. Más que formular conclusiones, el protagonista despliega una incontenible enumeración de preguntas que se levantan pidiéndole una respuesta a medida que toma contacto con la verdad. El tema de mayor calado sea tal vez el de la posibilidad de encontrar la inocencia y la sombra abarcadora de la culpa y, aunque se trata de sustancias morales que no es posible quintaesenciar ni destilar, el autor ha planteado algunas conclusiones nítidas.

*Una misma noche* sugiere una identificación que traspassa el título. Su argumento nos infiere que es culpable quien acepta cualquier invitación del felón, del déspota o del criminal aunque sea con el propósito de salvarse. Pero a la culpabilidad de la participa-

ción debe añadirse la culpabilidad de la impasibilidad, de la aceptación de lo irremediable. Sostiene asimismo que el horror y la barbarie desplazan al ser humano hacia la condición de culpables o víctimas, pero también de víctimas-culpables y de culpables-víctimas sin que sea posible diferenciar completamente a unos de otros. Y finalmente, lo que el horror y la barbarie aniquilan es la posibilidad de concebir la inocencia, tras la larga noche de los desaparecidos no habrá inocentes, a lo sumo podrá alcanzarse el consuelo de la piedad ©